

Observados por máquinas de devota piedad

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL MENSAJE PRIVADO

Ciberactivismo, Martinis y webs de citas

Skyfall, la vigesimotercera entrega de la saga cinematográfica de James Bond, está plagada de lo que podríamos definir como reverencias rupturistas a la tradición, algo que se concibió como una gran celebración del cincuenta aniversario de la fundacional *007 contra el Doctor No* (estrenada en 1962, ese terreno remoto donde el terrorismo machista y la caricatura xenófoba podían constituirse en espectáculo escapista no problemático). Una y otra vez, la película coloca a Bond en una situación completamente alejada de los parámetros en los que se mueve su mitología de ficción... para, finalmente, devolverlo a su *statu quo* tras un proceso de purificación y renacimiento. Mi reverencia rupturista a la tradición preferida de *Skyfall* es el momento en que Javier Bardem hace algo que ningún otro villano de la franquicia había hecho hasta entonces: le entra a Bond.

La secuencia: Raoul Silva (Bardem) avanza melodramáticamente ante un 007 capturado e indefenso* hasta colocarse a

* ¿Acaso no se ha caracterizado siempre el Bond de Daniel Craig por estas escenas de interrogatorio cercanas al sexo no convencional? En *Casino Ro-*

su lado, después le desabrocha juguetonamente un botón de la camisa mientras le insinúa ambigüedades. Bond ya ha sido seducido por el Mal antes, aunque siempre bajo la forma de una dama a la que acaba asesinando en un sacrificio ritual por el patriarcado. Su reacción aquí es, por tanto, de incredulidad. Pero Silva parece disfrutar con la intimidación dionisiaca a la que somete a su enemigo. Como mandan los cánones, el primer encuentro con el villano es una exhibición de superioridad de este, una amenaza categórica a la Corona y la Nación de quien se sabe ganador. Solo que la superioridad de la que Silva hace gala frente a Bond no es tecnológica, sino sexual. No es un arma ultrapoderosa situada en los límites de la ciencia y la moral humana, sino un botón desabrochado.

Ahora imaginemos que la proposición de Raoul Silva no se hubiese efectuado a través del contacto con un James Bond atado y cuestionado sin previo aviso sobre su preciada heterosexualidad, sino a través de un perfil en OkCupid.

El mundo de mañana

En diciembre de 2010, poco después del Cablegate (la filtración masiva de documentos diplomáticos estadounidenses a través de WikiLeaks, organización mediática sin ánimo de lucro especializada en la publicación anónima de informes confidenciales que sirven para dos cosas: exponer prácticas poco

yale, Le Chiffre le somete (completamente desnudo) a una tortura que se podría interpretar como una declinación sadomasoquista del icónico láser aterrorizavirilidades de *Goldfinger*. En *Skyfall*, poco después del flirteo con Silva, Bond se ve obligado a representar una suerte de drama psicosexual, donde cada uno de los elementos que componen su textura mítica (pistola, supervillano, vaso de martini, chica muerta) aparece en otro contexto. Al parecer, el 007 del siglo XXI gusta de juegos eróticos extremos en los que se pone en duda su masculinidad, antiguo centro gravitacional del legado de Ian Fleming.

éticas que algunos gobiernos prefieren ocultar e inspirar una película protagonizada por Benedict Cumberbatch), la web de *Forbes* hizo público el perfil en OkCupid de Julian Assange, programador, periodista y hacktivista australiano que, además, ostenta el honor de ser la persona viva más parecida a un villano de James Bond de la que tenemos constancia. Su tono monocorde, sus discursos sobre el mal menor —parece obsesionado con el viejo dilema ético de sacrificar la vida de una persona para salvar miles—, sus elecciones estilísticas, su tendencia mesiánica y el pequeño hecho de estar en busca y captura por un país (Estados Unidos) al que le ha declarado *de facto* la guerra cibernética, contribuyen a esta afinidad. Assange no tiene una base secreta (las habitaciones vacías de embajadas extranjeras no cuentan) ni un arma ultrapoderosa situada en los límites de la ciencia y la moral humana, pero tiene una suerte de versión portátil de ambas cosas y, francamente, parece que con eso le basta. En lugar de desarrollar un misil bajo un volcán en erupción para obligar a las naciones del mundo a arrodillarse, el creador de WikiLeaks (uno de ellos, en realidad, aunque no le cueste atribuirse todo el mérito) es capaz de provocar pesadillas en los despachos de Washington y Langley, sede de la CIA, con un derecho tan básico para el ser humano del presente como una conexión ADSL. El Cablegate fue solamente la tercera filtración de material confidencial que coordinó en 2010: en julio sacó a la luz documentos secretos sobre la guerra de Afganistán y en octubre logró su equivalente a *Born to Run* o *Wonderwall* con los denominados «Registros de la guerra de Iraq». Ey, incluso clavó el truco definitivo de todo villano de Bond posmoderno mucho antes, en 2007, cuando filtró ese escalofriante vídeo en el que unos soldados estadounidenses disparan contra unos periodistas de Reuters desde un helicóptero Apache: conseguir caerle bien a la opinión pública en tu primera acción de-sestabilizadora. Assange, a diferencia de los villanos de opereta

que capturan al agente secreto para contarle su plan y situarlo después en una alambicada trampa con tiburones (en vez de pegarle un tiro en la cabeza nada más atravesar la puerta metálica), actuó en lugar de amenazar. Cada filtración eran hechos consumados. Era un triunfo. Luego descubrimos que también necesitaba amor.

Está bien: como persona de mente abierta (o al menos eso me gustaría pensar) y escaso ánimo de comportarse como un matón de colegio en lo que a las relaciones amorosas de los demás se refiere, me niego a considerar la publicación del perfil de Assange en OkCupid algo vergonzoso. Y, aun así, eso es lo que parece la frase final del párrafo anterior, ¿verdad? Incluso las mejores intenciones acaban llevándonos a practicar el supuesto juego de la humillación al que los mass media quisieron someter a un Assange que ya había hecho las maletas y escapado del radar cuando se convirtió en persona de interés para la CIA, el Pentágono y la Interpol. Fue como una réplica mordaz a su terremoto de filtraciones: tú has hecho públicos más de 250.000 documentos que podrían o no (pero PODRÍAN) comprometer la seguridad de alguno de Los Nuestros ahí afuera, así que nosotros vamos a filtrarte a ti ligando en una web de citas. Lo que es justo es justo. Y también entronca con la idea paranoica y un tanto reaccionaria de que buscar el amor a través del ciberespacio es algo inherentemente ridículo, es una canción de Tam Tam Go!, es el último recurso de los que no han conseguido n-a-d-a en la vida real y, Dios misericordioso, puede acabar en tragedia, porque... cualquiera sabe quién está realmente vigilándote al otro lado.* Pero, sobre todo, el mensaje era: riámonos de cómo el Supervillano Público Número 1 cita

* ¿No se supone que los paranoicos eran WikiLeaks y sus acólitos? Al parecer, se trata de un estado mental al que personas muy diferentes acceden con suma facilidad.

*Star Wars** mientras abre su corazón en OkCupid. De repente, la revista *Forbes* se había convertido en tu padre.

El mundo del periodismo siempre tuvo una relación complicada y básicamente esquizofrénica con WikiLeaks y, por ende, con Assange: se lanzaron a por todas y cada una de las filtraciones como tiburones hambrientos**, pero al mismo tiempo dejaron constancia del océano de dudas deontológicas en las que les sumía hacerlo. Sus partidarios lo compararon con Daniel Ellsberg, el analista de las Fuerzas Armadas que filtró al *The New York Times* los Papeles del Pentágono en 1971 y que, como consecuencia, fue víctima de tal campaña de desprestigio por parte del gobierno de Richard Nixon que solo puedo decir una cosa: tuvo una suerte alucinante de que por entonces no existiese Facebook ni las webs para encontrar pareja. Sus detractores ponen en duda la teoría del mal menor, citan un montón de tecnicismos acerca de por qué los Papeles del Pentágono no tienen nada que ver con los cables diplomáticos (resumen en 32 palabras: aquello hablaba de una inteligencia militar caduca, en pasado, mientras que WikiLeaks filtra información potencialmente peligrosa para el cuerpo diplomático, el ejército y la seguridad nacional en presente de indicativo) y, en gran parte de los casos, simplemente tienen miedo del arma ultrapoderosa que Assange exhibe con gallardía. El arma se llama Internet, está conectada íntimamente con el modo en que viviremos en los próximos años, podría apuntar hacia un

* Lo hizo: «ADVERTENCIA: ¿Quieres un tipo común con los pies en la tierra? Continúa tu camino. Este no es el droide que estás buscando. Sálvanos a los dos mientras todavía puedas».

** Y, en el caso del Cablegate, algunos consiguieron llevarse buenos pedazos de carne jugosa: *El País*, *The Guardian*, *Le Monde*, *Der Spiegel* y *The New York Times* tuvieron conexión directa con el servidor de la organización, lo que les garantizó el acceso en exclusiva a los 291 primeros cables filtrados en noviembre de 2010.

cambio del paradigma en el que ellos viven ahora con tanta comodidad y, qué demonios, nunca han llegado a entenderla bien. Pero entienden lo suficiente como para saber que un perfil privado en el que Julian Assange afirma que «busca una sirena para relación amorosa, hijos y esporádica conspiración criminal» (sic) basta para mandar el mensaje, un tanto patético y desesperado, de que a este juego pueden jugar dos.

En serio, de verdad: no puedo recalcar lo suficiente las equivalencias entre Assange y un villano de Bond. Su programa de televisión, una serie de charlas políticas de media hora de duración emitidas por el canal ruso RT durante 2012, se tituló *El mundo del mañana*. Si alguien fuese a escribir una parodia sobre el 007 de Pierce Brosnan, ese sería el primer título que le vendría a la cabeza. Incluso tiene su propia canción: «Multi_Viral», compuesta por el grupo de hip hop Calle 13 y con la cantante israelí (de padres palestinos) Kamilya Jubran como particular Shirley Bassey, esa voz que todos identificamos inmediatamente con una canción oficial de 007. No es casualidad que Javier Bardem modelase en parte su actuación en *Skyfall* a partir de la sombra que Assange proyectaba entonces sobre el inconsciente colectivo: como mínimo, le copió el peinado. Pero hay algo que no cuadra con el villano bondiano y lo acerca, más bien, al héroe: su sexualización por parte del poder. Assange tiene dos órdenes de arresto en Suecia por presuntos delitos de acoso sexual y violación a una menor. El 20 de noviembre de 2012, poco antes de la primera filtración de cables diplomáticos, la policía sueca solicitó la asistencia de la Interpol debido a un posible riesgo de fuga. A principios de diciembre se hizo público que, en efecto, Assange había abandonado el país y se encontraba negociando su declaración ante la policía británica. La filtración de su perfil en OkCupid no fue un golpe bajo inocente, sino que se englobó en esta atmósfera de perversión. Incluso ese famoso vídeo de YouTube en el

que se le ve dándolo absolutamente todo en una solitaria pista de baile contribuyó a forjar una cierta imagen de extravagante demonio sexual (ey: lo interpretó nada menos que Cumberbatch) en los medios. Sus detractores decidieron presentarnos a Assange en unos términos similares a los de las lecturas críticas de James Bond: no como la mente maestra detrás de la nueva revolución criptopunk (es su palabra favorita, signifique lo que signifique), sino como un salido que dejaba que sus erecciones pensasen por él.

Skyfall no solo tomó referencias estéticas de WikiLeaks, sino también temáticas: su argumento se basa en un ataque al MI6 por parte de un antiguo agente (Silva) que se siente abandonado y traicionado por la madre patria a la que prometió servir, encarnada por una M convertida en esfinge patriótica, en la representación de ese deseo casi edípico de 007 por poseer a la madre terrible por excelencia, Inglaterra. El primer paso de Silva es hackear los archivos del MI6, filtrar algunos nombres de agentes en activo para comprometer su posición y, finalmente, materializar las ansiedades psicosociales que nos provoca WikiLeaks como entidad cibernética misteriosa en plena Nueva Era de la Razón de la única manera que el cine comercial conoce: con la catástrofe, con la reverberación psicológica de traumas pasados. Todos esos blockbusters que culminan con un centro urbano siendo reducido a ruinas tras el ataque de unas fuerzas incomprensibles, casi siempre de origen extraterrestre... ¿Alguna vez te has planteado por qué se estrenaron tantas películas de acción que acababan así después del 11 de septiembre de 2001?*

En diciembre de 2010, Anonymous reivindica un ataque de

* Silva no solo ataca la sede del MI6 con explosivos, sino que más adelante provoca el caos en el metro londinense: estamos, pues, ante el primer James Bond (espejo por excelencia de la sociedad británica de cada década concreta) que canaliza el recuerdo de los atentados del 6 de julio de 2005.

denegación de servicio (DDoS, una forma de derribar servidores e impedir que usuarios legítimos entren en una web) a la web de MasterCard, como consecuencia de la suspensión de los servicios que prestaba a WikiLeaks (en esencia, procesar las contribuciones económicas de donantes particulares o colectivos). Es el primer hackeo a una empresa que ha roto relaciones con WikiLeaks, y su nombre de guerra no puede ser más significativo: Operación Venganza. Pero la comunidad hacktivista aún tenía que hacer pagar a otro objetivo que había agraviado personalmente a Julian Assange: OkCupid.

Era cuestión de tiempo que OkCupid, la web que filtró al emperador de las filtraciones, fuese hackeada. En 2014 apareció algo llamado «Heartbleed». Heartbleed era un problema tan embarazoso que abrió lo que *El País* bautizó como «una grieta en la seguridad de la Red». Webs como Imgur, Yahoo, Eventbrite, Steam, Amazon, la condenada página oficial del FBI y (sí) OkCupid estaban filtrando datos de sus usuarios sin que nadie, ni ellos ni las empresas, tuviera la menor idea. En teoría, era el día de Navidad para cualquier hacker con un mínimo de pericia y ganas de robar contraseñas a páginas *https*. ¿La guinda del pastel? Que la NSA sabía de la existencia de Heartbleed desde hacía dos años y, en lugar de hacerlo público y arreglarlo, decidió callar, silbar «Pop Goes the Weasel» y aprovechar el error para mirar ella misma también dentro de esos ordenadores. Ya sabes, por si acaso. El resultado fue una brecha de seguridad que mantuvo a los usuarios más paranoicos alejados de las supuestas webs seguras durante unos días y, al final, cargó de razón a WikiLeaks y a los cibernopones cuando denunciaban la mala praxis de la NSA.

Al final, la comunidad hacktivista no atacó OkCupid: solo demostró que podía hacerlo en masa, que probablemente algunos de sus miembros más asilvestrados ya lo hubiesen hecho por su cuenta y riesgo y que, bueno, tenía razón al señalar al

Pentágono como el verdadero villano de Bond en todo este panorama. La filtración del perfil de Assange había sido vengada. Ahora queda preguntarnos para qué querría alguien hackear OkCupid.

Para qué querría alguien hackear OkCupid

Pertenezco a ese porcentaje de la población que nunca se ha abierto un perfil en una web de citas, lo cual choca frontalmente con mi intención de escribir en primera persona sobre abrirse un perfil en una web de citas. Así que allá vamos, OkCupid. Sé benevolente con quien se presenta a su primer rodeo.

Establecer un perfil básico lleva más o menos el mismo tiempo que en cualquier otra red social, lo cual es un respiro para alguien que solo está haciendo esto porque se debe a sus lectores, alguien con una pareja estable que puede entrar en cualquier momento y contemplar su perfil en OkCupid, concretamente su respuesta a si está buscando mambo o amor*. Después de seleccionar un nombre de usuario, especificar tu sexo y tu orientación sexual, subir una foto**, y recibir un email celebratorio («¡Bienvenido a la mejor web de citas del planeta Tierra!»), OkCupid te estrena en los mensajes privados con uno automático. Solo que no lo envía el Servicio de Atención al Cliente de OkCupid, sino una trabajadora de la compañía que se identifica como tal en la primera línea. Supongo que es una trabajadora porque me registré como hombre heterosexual: la cuestión es personalizar ese mensaje automático, darle una

* Podía seleccionar una, la otra o las dos. Tres opciones igualmente catastróficas para esa hipótesis en la que me acaban pillando en mitad de este experimento y tengo que dar explicaciones.

** La web te felicita por lo sexy que apareces en ella, lo cual resulta extremadamente positivo sin importar las circunstancias concretas.